
Antonio de la Banda y Vargas (*)

SEMBLANZA DEL PINTOR JUAN MIGUEL SÁNCHEZ (**)

Con motivo de la celebración, durante el año dos mil, del primer centenario del nacimiento del insigne pintor portuense, afincado en Sevilla, Juan Miguel Sánchez Fernández, esta prestigiosa revista local ha querido insertar, en las páginas de uno de los números correspondientes a dicha anualidad, esta semblanza acerca de su persona y obra como homenaje al maestro en su aludida fecha jubilar.

Encargado de realizarla por disposición municipal, que agradezco muy sinceramente por lo mucho que me honra, dividiré su contenido en varios apartados que versarán, respectivamente, acerca de su biografía, personalidad, técnica y estilo para acabarla con una breve glosa acerca de lo más sobresaliente de su producción.

Mas antes de abordarla, es conveniente analizar, previamente, el panorama artístico en el momento inicial del siglo XX tanto en El Puerto, donde nació y se inició artísticamente, cuanto en Sevilla, donde completó su formación, se afincó hasta su muerte, triunfó y desarrolló toda su actividad pictórica y docente.

De acuerdo con ello, señalaré cómo el medio ambiente portuense de la iniciación de la centuria a punto de concluir, era fecundo gracias a la fundación, en el año inicial de la misma, de la prestigiosa Academia de Bellas Artes de Santa Cecilia, verdadera escuela local donde, gracias a la protección municipal así como a la considerable ayuda de la población, aun subsistente por fortuna,

(*) Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla. Es presidente de la Real Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría de Sevilla y pertenece al cuerpo de académicos de la portuense de Santa Cecilia.

(**) Este artículo es resultado de una conferencia ofrecida por D. Antonio de la Banda en noviembre del año 2000, a la que fue invitado con motivo del Día Local del Patrimonio Histórico, organizado por el Centro Municipal del Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, como homenaje al centenario del nacimiento de este pintor portuense. Se reproduce el texto íntegro de la conferencia, por lo que, de forma excepcional este artículo carece de las habituales notas y bibliografía.

se aleccionaba a los niños y jóvenes de la localidad tanto en las Artes Plásticas como en la Música; consiguiendo, en las primeras, frutos tan sazonados, gracias a la labor docente de Juan Botaro, como Enrique Ochoa, Ricardo Summer (Serny), Manuel Prieto Benítez y él mismo.

El sevillano, que se desarrollaba en torno a la Real Academia de Bellas Artes y a la Escuela de Artes y Oficios, se debatía entre reminiscencias decimonónicas –el historicismo tardío de Virgilio Mattoni y el realismo folklorista de José García Ramos- y esbozada modernidad como fueron las cortas pero interesantes tangencias del arte nouveau y del luminismo sorollesco en torno a Gonzalo Bilbao Martínez que supo dar una versión genuinamente andaluza del último de los estilos mencionados. A ello hay que añadir el impacto que produjo la novedosa pintura del gibraltareño Gustavo Bacarissas Podestá, establecido en Sevilla desde 1914, tan decisiva en la formación de Juan Miguel.

Pasando al apartado biográfico, señalaré cómo nuestro artista nació el 1 de agosto de 1900, en el seno de una honrada familia mesocrática portuense, siendo bautizado en la Prioral de los Milagros a los pocos días de haber visto la luz. En El Puerto transcurrió su infancia y primera juventud que, desde fechas muy tempranas, estuvieron dirigidas por su vocación artística –él mismo narró, posteriormente, como su principal juguete era una caja de colores- que, felizmente, fue auspiciada por sus progenitores quienes le matricularon, con solo ocho años, en la recién creada Academia Santa Cecilia.

En ella recibió las lecciones de Botaro que, a su juicio, le dieron “*una preparación suficiente para poder completarla en un ambiente más próspero*” así como realizó sus primeros trabajos que fueron muy elogiados, luego, por sus profesores sevillanos de la escuela local de Artes y Oficios, en la que se matriculó a los diecisiete años, a raíz de su traslado a Sevilla. Allí fue alumno del ya citado historicista Mattoni, primero, y de Gonzalo Bilbao, después, completando su generación con las clases de Historia del Arte que impartían en ella, por aquel entonces, el también pintor Manuel González Santos.

De lleno en la urbe hispalense, conectó con la célebre Aula de Dibujo de Ateneo, que funcionaba en clases nocturnas, donde conoció a Bacarissas y trabó amistad con los entonces noveles artistas Miguel Ángel del Pino Sardá, José Martínez del Cid y Enrique Pérez Comendador. Por fortuna, el conocimiento de Don Gustavo fue decisivo para Juan Miguel, pues el ya consagrado maestro lo acogió como discípulo y fue para él, durante toda su vida, un auténtico padre.

Pese a estos triunfos profesionales, sus primeros años fueron duros pues, carente de recursos familiares, tuvo que trabajar en un taller de cerámica para proveerse medios de subsistencia. En estas tareas le fue bien ya que, pronto, pudo adquirir una casita en Triana, que convirtió en estudio, así como traerse a su familia. Ya en la década de los veinte, sin abandonar los quehaceres cerámicos ni, por supuesto, la pintura, comenzó a trabajar en el mundo del cartel en el que, aparte de alcanzar importantes éxitos que culminaron con el premio obtenido por el que hizo para la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1926, llevó a cabo una auténtica renovación del género por la solidez de su oficio, lo novedoso de su técnica y la superación de la trasnochada iconografía costumbrista aun imperante entre sus cultivadores.

Ya en los años treinta, tras el paréntesis de la Guerra Civil, se lanzó, plenamente, al mundo de la pintura, tanto mural como de caballete, con la celebración de su primera exposición individual en San Sebastián el año 1939. También por estas fechas, plenamente afincado en su vida, contrajo matrimonio con Reyes Lellena, el único amor de su vida, a la que convirtió en su casi único modelo femenino.

Pero fue en la década siguiente cuando obtuvo sus grandes triunfos profesionales y académicos. En efecto, en 1945 obtuvo II Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes por el magnífico retrato del célebre internista sevillano Don Juan Andreu Urra y, tres años después, la I por un monumental y delicioso cuadro *La lección de los Seises*, hoy en el Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla. Cinco años antes había obtenido, tras reñida oposición, la Cátedra de Procedimientos Técnicos de la Pintura de la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla; plaza que desempeñó hasta su jubilación en 1970.

Dos años antes de este último evento había sido nombrado Académico de Número de la Real de Bellas Artes de la Ciudad del Guadalquivir, en la que ocupó el sillón número XXVIII que había dejado vacante, por fallecimiento, el malogrado escultor José Lafita Díaz, que, por cierto, tenía sangre portuense por parte de su abuela materna. Once años después, el 19 de noviembre de 1956, se recibió solemnemente en la misma, donándole un soberbio mural, actualmente en el Salón de Actos de dicha Real Corporación, que representa a su egregia titular, Santa Isabel de Hungría, ejerciendo la caridad así como pronunció, en dicho acto, un interesante discurso sobre “Actualidad y enseñanzas de la pintura al fresco” al que contestó el entonces Presidente de la misma Don José Hernández Díaz.

También fue fecunda, en este sentido, la década de los sesenta pues le trajo la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, que le fue impuesta el 19 de noviembre de 1966, así como el nombramiento de Correspondiente en Sevilla de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, un año después, que llevaba aparejado el de Vocal de la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de la Provincia de Sevilla; cargo del que tomó posesión el 23 del referido año. Más, por entonces, la enfermedad había hecho presa él, mermándole totalmente sus facultades corporales y psíquicas, por lo que, ya jubilado, falleció, víctima de la arteriosclerosis, en 1973. Con tan triste motivo, la aludida Academia sevillana le dedicó su anual Exposición de Otoño, presentando en la misma su Autorretrato acompañado de otras obras de caballete –*La novia, Paisaje, Conejos y Gitana*– de diferente cronología que causaron verdadera admiración y que merecieron grandes elogios por parte de la crítica.

Pasando a la glosa de su personalidad como hombre y como artista, hay que destacar, forzosamente, su hombría de bien, su sincero cristianismo y lo sólido de su carácter, pese a su nerviosismo temperamental y a una cierta inconstancia en la realización de algunos de sus propósitos, en lo referente al primero de los aludidos aspectos de la misma a la que hay que unir, de lleno ya en el segundo, su condición de docente ejemplar, su decidido afán de superación así como su veracidad pues, lejos de estridencias, supo expresar en sus obras sus sentimientos estéticos con modernidad de concepto, bien cuidado oficio y decidido propósito de tratar de descubrir nuevos horizontes.

Dominador de todas las técnicas pictóricas, tanto murales como de caballete, fue un exquisito dibujante, un excelente colorista y un hábil compositor al igual que un auténtico tratadista, como lo prueba su mencionado discurso académico, que, además, supo crear escuela como lo prueban el quehacer del ya difunto Francisco Maireles Vela y el del, afortunadamente vivo y fecundo, José Antonio García Ruiz junto con el indiscutible impacto que dejó en cuantos alumnos pasaron por su Cátedra.

Variopinto en su iconografía, hasta temas sacros, principalmente al fresco, escenas de género y de temática costumbrista, bodegones, paisajes y retratos; estos últimos lo más logrado, con sus murales, de toda su producción. Como ya indiqué fue un hábil cartelista e incluso invadió el terreno de las Artes Suntuarias tanto con sus iniciales trabajos cerámicos cuanto, sobre todo, con los cartones para los bordados del paso del palio de la popular Cofradía hispalense de los Negritos.

De lleno en su estilística, hay que destacar que, aunque sin abandonar nunca la figuración, aportó a la escuela sevillana, tan vinculada entonces al realismo luminista de Gonzalo Bilbao, un cierto costumbrismo, que acusa al eco de Vázquez Díaz, visible en la redacción de sus cuadros a sólidos volúmenes y al que se une lo rico y luminoso de su paleta en la que, por la ya mencionada de Bacarissas, se aprecian claras connotaciones impresionistas en el modo de tratar la forma y la luz junto con el evidente sentido algo fauvista de sus tonalidades; todo lo cual hay de él un auténtico aporte de su tiempo que aportó a la pintura una serie de valores novedosos y eficaces.

Como ya indiqué, su obra es polifacética pues, cultivó, prácticamente, toda clase de asuntos y toda clase de técnicas, y hay que dividirla, atendiendo a estas últimas, en dos grandes capítulos: los murales y las obras de caballete. Respecto del primero, que estudié hace trece años en un artículo titulado “Los Murales de Juan Miguel Sánchez Fernández” y que vio la luz en el número XV *del Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría*, que constituye el aspecto más novedoso de su pintura tanto por su número cuanto porque, salvo Bacarissas, el género apenas había sido cultivado por los artistas sevillanos de la primera mitad de la centuria por lo que puede considerársele como el restaurador del mismo y cuya teoría consignó en el ya mencionado trabajo sobre la enseñanza de la pintura al fresco.

Obras esenciales, realizadas a partir de 1938, fueron las que decoran la Iglesia cordobesa de la Barriada de la Electromecánica, a los que dediqué un artículo monográfico en la revista *Apotheca* de la Universidad de dicha capital andaluza, con escenas de la vida de Cristo y de la Virgen que, pese a lo temprano de su ejecución, revelan ya la maestría de su autor. Le siguen, ya en la década de los cuarenta, los tristemente desaparecidos, del Bar Plata y de la Horchatería Fillol de Sevilla; los primeros con temática floral de suelta pincelada, agradables tonalidades y formas de notorio constructivismo y los segundos con escenas alusivas al popular refresco valenciano.

Ahora bien, su primera gran obra en este género son las ocho que decoran el vestíbulo de la Estación de Autobuses sevillana del Prado de San Sebastián, fechado en 1941. Se trata de ocho paneles, de evidente cromática fauvista, que representan escenas relacionadas con el costumbrismo decimonónico andaluz o paisajes de dicha geografía regional –destacará, entre ellos, la visión muy sintética que hace de El Puerto– todos ellos bien encajados que sorprenden por la modernidad de sus formas, que hacen gala de un bien entendido constructivismo al modo de Vázquez Díaz, con delicado lenguaje expresivo, gran facilidad para

las combinaciones tonales, espontaneidad y a la vez corrección dibujística así como capacidad de inventiva a la hora de crear ambientes y situaciones.

Firmados y fechados en 1949 son los que ornamentan el Coro de la Iglesia sevillana de San Luis de los Franceses –“*Fue pintado este coro por Don Juan Miguel Sánchez Fernández, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, año 1949*”- con temática de exaltación eucarística y novedosas formas constructivas y cromática de acentuado fauvismo que nada desdichan de los espléndidos barrocos ochocentistas, obra de Lucas Valle, Carrasquilla y Domingo Martínez, que decoran el templo.

Ya en la década de los cincuenta, concretamente en 1951, realizó los lamentablemente desaparecidos que decoraban el Salón de Actos del edificio de Radio Nacional de España en Sevilla, de temática neorromántica muy ajustada, cromática y acentuado lirismo que casaba, acertadamente, con la modernidad de sus formas. Dos años después, con la colaboración de sus alumnos de la Escuela de Bellas Artes, decoró la Capilla Mayor de la Parroquia de la sevillana Barriada de Elcano, con una preciosa composición en cuyo rompimiento celestial figura la Virgen del Carmen y en la línea terrenal la evocación de la llegada de la nao Victoria, tras dar la vuelta al mundo, al puerto hispalense de las Muelas al mando de Juan Sebastián; apreciándose en el mismo, aparte su singular belleza, la influencia de los rabideños de Vázquez Díaz, aunque mejorando el procedimiento empleado en los mismos, y destacando su acentuado carácter vanguardista.

Al año siguiente, hizo dos para el vestíbulo del edificio Elcano, con escenas relacionadas con Hispanoamérica así como, dentro de la referida década, los de la fechada del sevillano Banco de Vitalicio, a base de palmas de escuetas líneas y fuerte entonación rojiza. Y, en los años centrales de la década, los de la Capilla de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, inaugurada en 1956, en los que manifestó su gran dominio de la técnica y la madurez de su estilo. Representan alegorías marianas, criaturas angélicas, dos escenas –*La batalla de Lepanto* y *Caballeros sevillanos revistados por San Fernando en el Palenque de San Hermenegildo*- así como heráldica relacionada con la Casa Real española; trabajo este en el que contó con la ayuda de su discípulo Maireles así como con el asesoramiento teológico y heráldico, respectivamente, del Canónigo hispalense Don José Sebastián y Bandarán y del Caballero Maestrante Don Miguel Angel Rojas y Solís. Lástima que la alegoría asuncionista que iba a decorar el coro no llegó a realizarse, estando hoy en paradero desconocido el boceto que se sabe hizo.

En 1961 realizó la que consideró su obra más acabada en el campo de la pintura mural. Me refiero a la decoración de la Parroquia de Santa Teresa, sita en la Plaza de las Moradas de la Barriada sevillana advocada con el nombre de la Mística Doctora. Allí dejó, en el muro que cierra el presbiterio, un monumental panel que representa la Transverberación de la Santa de acentuado sentido constructivista —es casi cubista la interpretación que dio a los pliegues de los paños— con cierto neobarroquismo en lo tocante a los rostros así como una cromática muy rica y un tanto fauvista por la fuerza de sus tonalidades. Aparte las alegorías mesiánicas que, adornadas con múltiple ornamentación vegetal y floral, cubren los muros del templo y de la representación figurada de los cuatro Evangelistas, dejó una preciosa Anunciación en la Capilla Sacramental del mismo.

A los años finales de la década de los sesenta corresponden dos evocaciones históricas de la Sevilla del Siglo de Oro, pintadas en el vestíbulo del Edificio Portugal de la sevillana calle Marqués de Paradas así como el fresco, enmarcado a modo de un cuadro, que donó a la Academia sevillana con motivo de su ingreso en la misma y que representa a su egregia titular, Santa Isabel de Hungría, ejerciendo la caridad con un anciano y una niña; magnífica composición sobre fondo grisáceo y con gran riqueza tonal, con evidente predominio de los celestes, en la que contrasta su innegable modernidad de concepción y formas.

Pasando a su actividad como pintor de caballete, señalaré que aunque cultivó todas las modalidades genéricas de la misma, fue el óleo donde más se prodigó tanto cuantitativa como cualitativamente. Lógicamente no voy a hacer un catálogo de toda su producción, pero sí, aparte destacar la modernidad un tanto constructivista y la rica cromática que posee, a señalar lo variado de su temática, analizando sus más destacados ejemplos. Respecto de la primera, cabe dividirla en los siguientes apartados: escenas de género, figuras, retratos, paisajes y bodegones así como algunas figuraciones animalísticas.

Entre las escenas de género, hay que citar la ya mencionada *Lección de los Seises*, merecedora de la I Medalla de la Nacional de 1948, perfecto de ambientación, encaje, modernidad de factura y riqueza cromática, que bien puede considerarse como un logrado retrato colectivo al par que la representación de un aspecto del trabajo de los célebres Niños de Coro hispalenses. También hay que incluir aquí el delicioso de la Novia, hoy en el Museo de Huelva, en el que representa el momento de colocar el velo nupcial a una bella muchacha— auténtico retrato de su esposa— por una dama de honor ante la mirada de una encantadora niña que va a llevar los anillos y las arras en la ceremonia; lienzo este de elegante medida y evidente modernidad cromática que justifique el juicio de Ana Guasch, en su

trabajo “40 años de pintura en Sevilla”, al afirmar que, en toda su obra, “*el color queda engarzado dentro de áreas simples y concretas*”.

Dentro del apartado de las figuras, anotaré con ejemplos más cualificados *El hombre del vaso* –atrevida representación de un gañán sentado con un gran vaso de vino tinto- y la *Gitana* que figuró en el homenaje póstumo que le rindió la Academia sevillana de Bellas Artes, así como el precioso *Muchacho con cesto de uvas* de la colección del Real Círculo de Labradores y Propietarios de la Ciudad del Guadalquivir y la elegante *Mujer con mantilla*, preciosa sinfonía de rosas, blancas y rojas, de propiedad particular, todos ellos de gran fuerza expresiva y destacada modernidad.

Como antes señalé, es el retrato el apartado más logrado de su producción de caballete y en el que, sin renunciar al realismo figurativo que sabiamente conjuga con su habitual modernidad formal, muestra su habilidad para captar la psicología de sus modelos. Los hay de dos figuras –acertadísimo el de la Real Maestranza sevillana que representa al Duque de T’Serclaes, Don Juan Pérez de Guzmán y Boza y al Marqués de Tablantes, Don Ricardo de Rojas y Solís –masculinos- valgan como más destacados ejemplos del ya citado del Dr. Andreu Urrea, merecedor de la II Medalla en la Nacional de 1945 así como de un curioso elogio por parte de Vázquez Díaz, el del Arquitecto sevillano Don José Galnares Sagastizábal, y el del poeta Joaquín Romero Murube (Academia de Bellas Artes), -femeninos- el muy fauvista de su esposa del Museo hispalense y el verdaderamente espléndido de D^a Julia Lora Moreno –infantiles- Reyes Galnares Isern- todos ellos de innegable atractivo y de gran entidad artística.

En el apartado de sus bodegones –destacó, principalmente en los de carácter floral- hay que mencionar, en primer lugar, el propiedad de la Diputación Provincial de Sevilla con el que compartió el Premio “Valdés Leal”, otorgado en la Exposición de Otoño de 1955, con el catalán Antonio Vila Arrufat y, junto a él otro, de gran concepto moderno, en el que figuran cacharros, frutos y palomas sobre un fondo de paisaje, y de propiedad particular. Y en el paisajístico, donde sigue las mismas directrices de la Estación de Autobuses de Sevilla, valga un ejemplo el titulado *Pueblo*, de la colección hispalense de Antonio Plata, en donde manifiesta su adhesión a las formas constructivistas.

Pasando a otra técnica reveladora de su dominio sobre toda clase de procedimientos pictóricos, cabe citar, como muestra más destacada, la preciosa acuarela *La Iglesia de San Román de Sevilla*, en la que pretende entonar, aunque con modernidad, con el paisajismo romántico y la bíblica *Familia* –un matrimonio

rústico con dos niños en brazos de la mujer- que figuró en la Exposición conmemorativa de su centenario, organizada por al Real Academia de Santa Isabel de Hungría; y el dibujo a lápiz *Escena costumbrista*, también en la aludida muestra centenaria, y ya dentro del cartel, el muy fauvista de las *Fiestas Primaverales de Sevilla del año 1944*, hoy en el Museo de Arte y Costumbres Populares de Sevilla.

Todo lo expuesto y mucho de lo obligatoriamente silenciado, confirman la altísima calidad de este pintor portuense sevillanizado, haciendo realidad el juicio del crítico Ramón Torres Martín, inserto en *El Correo de Andalucía* a raíz de su muerte, de que su obra “*no solo tuvo vigencia en el pasado, sino que aun sigue interesando y en algunos aspectos aun no ha sido superada*”. Ojalá que pronto, el Museo Municipal de El Puerto de Santa María cuente, al menos, con una obra del maestro que, aparte acrecentar su interesante colección, recuerde, a locales y foráneos, el logrado quehacer de este hijo ilustre de dicha marinera ciudad, cuya iniciación artística tuvo lugar en la tan portuense Academia ceciliana.



1.- *La lección de los Seises*

Óleo sobre lienzo. I medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes, 1948.
Museo de Artes y Costumbres Populares. Sevilla.



2.- *Mujer con mantilla blanca*
Óleo sobre lienzo.
Colección particular.



3.- *Cartel de las fiestas de primavera.*
Sevilla, 1944.
Museo de Artes y Costumbres Populares. Sevilla.



4.- *Cartel de la Feria de Primavera.*
El Puerto de Santa María, 1952.



5.- *Escena costumbrista.*
Lápiz sobre papel.
Colección particular.



6.- *Familia.*
Acuarela sobre papel.
Colección particular.



7.- *Floreros.*
Óleos sobre lienzo
Colecciones particulares.



8.- *Bodegón.*
Óleo sobre lienzo.
Colecciones particulares.

DOCUMENTOS